

# La voluntad del engaño: don Quijote y Sancho construyen la embajada a Dulcinea (con una vuelta sobre el legado de Sebastián de Horozco)\*

JULIA D'ONOFRIO

Universidad de Buenos Aires

CONICET

Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas "Dr. Amado Alonso"

## Resumen

El presente trabajo busca poner de relieve un posible elemento intertextual en el diálogo entre don Quijote y Sancho cuando ambos construyen la embajada a Dulcinea (I, 31).

Un término propuesto por el caballero –“romadizado”– ante la denuncia del olor “algo hombruno” que según Sancho despedía la dama/labradora nos remite a un proverbio que abre otras perspectivas para corroborar en este episodio la voluntad ficcional o voluntad de ser engañado de don Quijote.

En la búsqueda advertimos, de paso, una referencia cruzada entre Sebastián de Covarrubias y su padre Sebastián de Horozco que resulta significativa por la peculiar relación conflictiva que los unía.

## Abstract

The present work seeks to highlight a possible intertext in the dialogue between Don Quixote and Sancho when they both recreate the embassy to Dulcinea (I, 31).

A term proposed by the knight –“romadizado”– when Sancho denounces the smell “algo hombruno” that emanates from the lady / peasant, make us pay attention to a proverb which uncovers other perspectives that corroborate Don Quixote's will to be deceived in this episode. In passing, in this search we have discovered a connection between Sebastián de Covarrubias and his father Sebastián de Horozco, which is significant because of the peculiar conflictive relationship that tied them.



Es una verdad universalmente reconocida que incluso los más mínimos detalles del texto del *Quijote* pueden ofrecer fecundos contenidos al lector curioso. Aunque habrá quienes denuncien excesos en ciertos afanes interpretativos, la convicción de que la obra cervantina es proteiforme, no conclusiva y siempre abierta a nuevas lecturas nos lleva a defender el papel fundamental de la interpretación en el análisis textual. Por lo demás, si reconocemos que, como cualquier obra literaria, el *Quijote* está constituido por una espesa red de materiales procedentes de su tradición cultural, resulta importante reconocer que parte de la labor del investigador es iluminar el poder alusivo de ciertos componentes del texto que podrían escapárseles a los lectores actuales.

Dentro de ese espíritu, las siguientes páginas no pretenden sino poner de relieve un posible juego intertextual que da más espesor al gracioso diálogo en el que Sancho le refiere a

---

\* Una primera versión más breve de este trabajo fue presentado en las IX Jornadas Cervantinas de Azul (Argentina).

don Quijote la embajada a Dulcinea (entrevista que, como sabemos, en verdad no ha tenido lugar). Recordemos que, desde que se reencuentran, don Quijote estaba ansioso por obtener de Sancho el relato pormenorizado de la visita que había hecho a Dulcinea, adonde había sido enviado por él durante la penitencia de Sierra Morena. Es en aquel momento central –en todo sentido– del capítulo 25 del *Quijote* de 1605, en el que el caballero muestra dos cuestiones que nos parecen fundamentales.

En primer lugar, la necesidad imperiosa de establecer contacto con su dama, porque “no puede haber caballero andante sin dama” (I, 2) y el hecho de que las aventuras hasta ese momento no estuvieran saliendo tan bien como él quisiera lo hacían dudar de su calidad caballeresca; ergo, tal vez fuera mejor comprobar por medio de Sancho mismo –y no de enviados desconocidos– que la conexión con Dulcinea existía o que el “circuito del nombre” (como lo bautizó Alicia Parodi) completaba adecuadamente su recorrido<sup>1</sup>.

En segundo lugar, es en Sierra Morena, durante la preparación de la penitencia y la embajada al Toboso, cuando don Quijote, como bien sabemos, se muestra menos delirante y menos engañado con la realidad, puesto que se presenta especialmente consciente de su creación ficcional, es decir, de la construcción artística de su personaje como caballero andante y de la idealización poética que realiza al convertir a Aldonza Lorenzo en Dulcinea del Toboso:

Así que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Sí, que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. [...] Y, así, bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo del linaje, importa poco, que no han de ir a hacer la información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. (I, 25, 284-285)<sup>2</sup>

Sancho, entonces, se desengaña de lo que había creído sobre Dulcinea, pero al mismo tiempo respeta más a don Quijote porque convalida el valor de Aldonza Lorenzo como objeto digno de desvelos amorosos. Por su parte, como se ha estudiado tantas veces, resulta especialmente notable que el caballero no tenga pruritos en evidenciar aquí el revés de la trama de su ilusión o elección caballeresca.

Cuando llegamos al capítulo 31 y se produce el relato de la embajada, hay muchas más cosas en juego. Sancho ha aceptado formar parte de los engañadores que van a hacer regresar a don Quijote a la aldea. Ciertamente él actúa con la idea de que de esta forma su amo podrá cumplirle las promesas de ascenso y mercedes que le había hecho, pero justamente para eso Sancho tendrá que mentirle y hacerle creer que ha visto a Dulcinea y que le ha mandado decir al caballero que comparezca ante ella en el Toboso, tal como lo ha instruido el cura. Luego, en el camino, ha visto Sancho cómo una verdadera princesa –Micomicona– se pone en manos de su amo y le ofrece como si nada un reino en matrimonio, cosa que don Quijote rechaza por fidelidad a Dulcinea. En fin, Sancho sabe que tiene mucho que ganar y mucho que perder según cómo juegue las cartas frente al caballero, que también se ha mostrado irascible cuando él le ha cuestionado su preferencia de Dulcinea frente a Micomicona. Y así es que se llega al encuentro casi secreto entre los dos en el que don Quijote le pide cuentas de la tan deseada embajada.

En este divertido diálogo entre amo y escudero hay una peculiaridad que no es tan común en la Primera parte del *Quijote*; me refiero al hecho de que la creación ficcional queda también en manos de Sancho (la inmovilización en la noche de los batanes es su precedente).

<sup>1</sup> La última formulación de este postulado se halla en Parodi 2017: 9-12 y 57 y ss.

<sup>2</sup> Se cita el *Quijote* por la edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, 1998, editorial Crítica.

Se da aquí una especie de disputa creativa, porque tanto Sancho como don Quijote son demiurgos de una escena que jamás ha ocurrido y que en definitiva construyen en conjunto. La diversión está en la malicia de Sancho para contravenir la fantasía idealizante de su amo y en la perseverancia de don Quijote en querer seguir creyendo, aun a costa de ser engañado. De hecho veremos que prácticamente le pide a Sancho que lo engañe.

Recordemos cómo don Quijote le da el pie para que Sancho comience a contar su encuentro con Dulcinea prácticamente dibujándole la escena:

Llegaste, ¿y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas o bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero. (I, 31, 357)

Sancho bien le podría haber respondido que sí, que la halló bordando y seguir inventando a partir de allí, pero no lo hace; elige otro camino, pragmático y realista, imaginando lo que una labradora del Toboso podría estar haciendo en su casa: “-No la hallé -respondió Sancho- sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa” (*Ibidem*).

Sin embargo, lo que le responde don Quijote da la pauta de una voluntad inquebrantable: la de sostener su propia imaginación, así como también su impulso hacia la creación artística: “-Pues haz cuenta -dijo don Quijote- que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos” (*Ibidem*).

En el “haz de cuenta” se delata don Quijote como creador consciente y con altas dosis de cordura, porque no se engaña, no entiende mal lo que Sancho le dice, sino que le pide que hagan un pacto (como en los juegos infantiles) para que lo que es una cosa funcione durante el tiempo de la ilusión -durante el tiempo del juego- como otra: perlas por trigo. Y si bien luego acepta la supuesta realidad del trigo entre las manos de Dulcinea, lo quiere imaginar de la mejor calidad: “Y si miraste, amigo, el trigo ¿era candeal o trechel?” Pero Sancho ni siquiera eso le concede y otra vez destruye cualquier esperanza al responder “No era sino rubión” (el de más baja calidad).

Finalmente, después de la disquisición sobre la altura de Dulcinea<sup>3</sup>, don Quijote se regodea en la idea de la cercanía que tuvo su escudero con su dama y ya que se le negó la ilusión de otros sentidos, va en busca del sentido del olfato<sup>4</sup>. Otra vez le deja servido a Sancho la imagen que quiere recibir, pero tampoco aquí éste lo ayuda:

-[...] Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática y un no sé qué de bueno, que yo no acierto a dalle nombre? Digo, ¿un túho o tufo como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero?

-Lo que sé decir -dijo Sancho- es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.

-No sería eso -respondió don Quijote-, sino que tú debías de estar romadizado o te debiste de oler a ti mismo, porque yo sé bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído. (I, 31, 359)

Sancho demuestra una y otra vez que no va a doblegarse ante los deseos de su amo. ¿Qué le costaba decirle aquí como en casos previos que sí, que esas fragancias había sentido al lado de su dama? Ni siquiera se trata de distinguir entre gigantes o molinos, castillos o ventas,

<sup>3</sup> Otro rasgo de la mujer varonil, como ha estudiado Redondo (1997: 231-249).

<sup>4</sup> Bernat Vistarini y Ballester Morell (2017) han abordado la cuestión del sentido del olfato en Cervantes en completa relación con las ideas de su contexto cultural.

ejércitos o rebaños, pues de nada de lo que le pregunta don Quijote tuvo Sancho experiencia directa. Pero obviamente en esto radica la comicidad de la escena.

Tal como se ve en este intercambio sobre los aromas, don Quijote propone una respuesta –la que él quiere oír– y Sancho le da una totalmente contraria –acorde con su pragmatismo o con su bellaquería–, pero el caballero elige igualmente al final la que quiere guardar en su imaginación: “yo sé bien a qué huele aquella rosa entre espinas...” Y da por terminada aquí la parte de la descripción de lugar y situación de Dulcinea.

Pero volvamos a los intentos de justificación de don Quijote frente al olor “algo hombruno” que sintió Sancho debido, según él cree, al recio trabajo físico y ante lo cual el enamorado caballero lo contradice y prefiere suponer: “–No sería eso –respondió don Quijote–, sino que tú debías de estar romadizado...”

Al buscar ‘romadizado’ en el *Tesoro* de Covarrubias, además de encontrar el sentido de ‘resfriado’ o ‘acatarrado’, descubrimos que una frase proverbial, a la que estaba asociado el término, nos abre un trasfondo de alusiones muy interesantes para toda la situación entre don Quijote y Sancho.

Covarrubias registra el proverbio “No huelo nada, que estoy romadizada” e indica que surge de una fábula en la que la zorra se salva de la muerte porque evita dar una respuesta comprometedoramente aduciendo estar resfriada; el refrán se usa entonces para sostener que fingir ignorancia puede ser la mejor respuesta en situaciones comprometidas<sup>5</sup>. En el famoso *Vocabulario* de Correas (1627) aparece el refrán con esta formulación: “No güelo nada, que tengo catarro. (Excúsase uno que no sabe nada.)”. Por lo demás, no encontramos el refrán ni la fábula en otros autores del Siglo de Oro<sup>6</sup>, salvo en las obras manuscritas del padre del lexicógrafo, el humanista toledano Sebastián de Horozco<sup>7</sup>. El caso es que Sebastián de Horozco en sus colecciones de paremias comentadas (que no llegaron a imprimirse hasta el siglo XX) recoge varias veces el proverbio y refiere otras tantas la fábula que le dio origen. Figura en sus proverbios glosados en verso (editados por Alonso Hernández como *Teatro universal de proverbios* 1ª ed 1986, 2ª 2005), número 2183 “No guelo nada / que estoy romadizada”. Y también relata la historia dos veces en sus proverbios glosados en prosa (editados como *El libro de los proverbios glosados* por Jack Weiner en 1994); vamos a citar por extenso la primera de ellas para poder advertir de qué manera se interpretaba tanto el apólogo como el proverbio:

Este es un proverbio que dixo la zorra, sacado de una fábula de entre el león y la zorra. Y es ansí que el león como rey de los animales determinó de hazer cortes. Y mandó llamar para ellas a los animales los quales ayuntados en sus cortes entre otras cosas que el león platicó con ellos fue dezir, “Dizen por allá que a mí me hiede la boca. Quiero saber de vosotros si es verdad o no.” Los animales nombraron para la determinación de esto a tres que fueron el asno, y el lobo y la zorra. El león llamó primero al asno. Y vino y habló con el león y olióle. Y aviéndole olido dixo el asno, “Señor, verdad es que os güele la boca.” Entonçes el león recibió tanto enojo del atrevimiento que el asno avía tenido en decir que le olía la boca que le mandó matar. Y venido luego el lobo y aviendo hablado con el león y olídole, aviendo visto como

<sup>5</sup> “Nació del apólogo del león y los animales, cuando los llamó para que le dijese si le olía mal la boca, y a todos los que le dijeron la verdad los despedazó y se los comió; llamando a la zorra para que le dijese lo que sentía, respondió: «No huelo nada, que estoy romadizada.»” (Covarrubias, *Tesoro*, s.v. ‘catarro’)

<sup>6</sup> En la obra de Tirso *El pretendiente al revés* (Acto I, escena XII, vv. 1210 y ss) se cuenta una fábula parecida pero no igual, donde no aparece la misma respuesta ingeniosa que daría origen al proverbio; la zorra no aduce resfriado sino que al contrario dice que ella había comido unos ajos y eso le impide acercarse para no faltar el respeto al monarca, por eso sugiere que el león le sople su aliento por una caña para no molestarlo (el león usaba la treta de preguntar por su mal aliento para comerse con facilidad a los animales).

<sup>7</sup> La relación tanto de Sebastián de Covarrubias y Horozco como de su hermano, Juan de Horozco y Covarrubias al parecer fue bastante conflictiva, tal como estudiaron Weiner (1990, 2003) y García Cañete et al. (1996).



avían muerto al asno por decir la verdad, dixo, “Señor, burla es decir que os güele la boca porque no solamente no os güele mal extrañamente bien.” Entonçes el león porque vido y sabía que mentía y por se congraciar había dicho lisonja y mentira, mandóle también matar. Venida la zorra, mandóle que dixese su parecer. Ella, viendo que al uno mataban porque dezía la verdad y al otro porque dezía la mentira y que ella de lo uno o de lo otro o se podía escapar, pensó luego como astuta cómo se pudiese escapar de la muerte. Y llegábase al león y hazía que procuraba oler para responder la verdad. Y al fin dixo las palabras de este proverbio, “En verdad señor, que no güelo nada porque estoy romadizada.” Por manera que ni le dixo que le olía ni que no le olía. Y de esa manera se escusó de la muerte que no se escusaba diciendo lo uno o lo otro, de donde se colige que en los casos peligrosos y aún dondequiera es mejor callar y escusarse de dar parecer especialmente contra los reyes y personas poderosas que pueden dar la muerte o ser causa de ella, poniendo legítimas y coloradas excusas para no dar parecer ni favor para que no aya causa de incurrir en peligro. Y así estas palabras quedaron por proverbio, “No güelo nada porque estoy romadizada”, lo que por otro proverbio se dize, “No sé nada, de mis viñas vengo” que es quando se dize o se suena alguna cosa perjudicial, “No sé nada etc.” (Horozco *Libro de los proverbios glosados*: 206-207)<sup>8</sup>

En la otra oportunidad en que Horozco comenta el proverbio en esta misma compilación termina con esta conclusión: “...de donde se colige que en los casos y negocios peligrosos es lo más seguro escusarse el hombre de hablar ni de dar parecer y hazer el sordo como ésta hizo. Y así quedó por proverbio, ‘No güelo nada que estoy romadizada.’” (p. 299)

Vale la pena también prestar atención a las reflexiones que suscita en su hijo, Sebastián de Covarrubias, cuando refiere el proverbio y la fábula en la definición de tres vocablos diferentes de su *Tesoro de la lengua*:

“No huelo nada, que estoy romadizada”; cuando alguno da a entender ignora lo que no ha de dar gusto a quien se lo pregunta. (*Tesoro*, s.v. ‘catarro’)  
 Advertencia para que a los señores no se les digan sus faltas, aunque ellos den licencia para ello y lo pidan. (*Tesoro*, s.v. “romadizo”)  
 Cuántos señorazos hay, que cuando preguntan a sus letrados y confesores si lo que hacen tiene mal olor, no es su intención que les digan la verdad; y así permite Nuestro Señor que todos estén acatarrados y ninguno les desengañe. (*Tesoro*, s.v. ‘zurrarse’)

En el relato pormenorizado de Sebastián de Horozco y en las reflexiones que motiva la fábula, vemos que resulta clara la advertencia sobre las dificultades en torno a decir la verdad a los poderosos y la consiguiente necesidad del disimulo o el astuto silencio. Y todo ligado a la excusa de estar romadizado.

Es por eso que proponemos conectar la idea que le sugiere don Quijote a Sancho – “tú debías de estar romadizado” – con el proverbio tan repetido por Sebastián de Horozco<sup>9</sup>. Luego,

<sup>8</sup> El origen podría estar en Fedro, “El León rey” (IV, 14), aunque no es la misma historia; se trata de una fábula que ha llegado incompleta y las versiones modernas la reconstruyen con la transcripción Rómulo (Mañas Núñez ed. 1998: 220-221). Un testimonio equivalente al que hemos encontrado en la familia Horozco Covarrubias se encuentra en la colección de emblemas de Guillaume Gueroult, *Le premier livre des emblemes*, publicado en 1550, “Du lion, du renard et de la brevis” cuyo mote es “Quelque fois il fait bon dissimuler le vice du Prince cruel pour ne l’esouvoir à courroux” (puede consultarse aquí: <http://www.emblems.arts.gla.ac.uk/french/embem.php?id=FGUa011> [28/12/2017]). Finalmente hallamos la fábula en La Fontaine (“La cour du lion”, VI, 6), con dos únicas diferencias: el mal olor provendría del palacio del león, no de su aliento; y los primeros animales en responder son un oso y una mona.

<sup>9</sup> Márquez Villanueva ya hace años había sugerido la cercanía de Cervantes con la obra de peculiar humanista toledano (1973: 44-55).

ya vimos que el proverbio alude sin más a la fábula que, al igual que la escena narrada por Cervantes, también plantea una situación de preguntas y respuestas entre un superior y un subalterno. Finalmente, a partir de ahí, se nos presenta la cuestión del engaño por no querer responder lo que podría ser mal recibido.

Lo curioso es que aquí quien sugiere la astucia de las narices tapadas es el mismo que pregunta, de manera que el engaño aparece más bien como una voluntad de autoengaño: como si don Quijote le pidiera a Sancho que si lo que le va a decir sabe que no va a gustarle, sería mejor que no dijera nada. Así pues, la justificación de estar romadizado se nos figura como otra sugerencia más de don Quijote para que Sancho siga el relato que él quiere escuchar; como había hecho desde un principio cuando le deja servido lo que Sancho podía decir o cuando intenta torcer sus descripciones (“haz de cuenta que...”). O que al menos, que se abstenga de responder.

Al considerar nuestros modos de lectura del texto cervantino, vemos que éste puede ser un ejemplo adecuado para mostrar una metodología de trabajo: nos basamos en el texto, buscamos expandir nuestra comprensión de la palabra escrita mediante obras de referencia contemporáneas (como fue en principio el caso del diccionario de Covarrubias), luego la información allí recabada nos hace buscar más fuentes y amplía los sentidos puestos en juego en la escena. En efecto, si de “romadizado” pasamos al proverbio y a la fábula, notamos que surgen ideas que no contradicen las que ya se manifiestan literalmente en el diálogo; por el contrario, son sugerencias que amplían y refuerzan lo ya observado. No pretendemos leer una *otra cosa* en el texto, sino percibirlo con más profundidad. Así pues, pensar que aquí podría haber una alusión a aquella fábula en esas palabras nos resulta pertinente porque abunda en significados que también se nos hacen bastante manifiestos en la escena.

Por lo demás, la interpretación de la posible alusión al proverbio es válida, ya sea si se piensa como un nuevo pedido relativamente explícito de don Quijote para que Sancho entre en el juego de engaños que le propone, o simplemente como un guiño al lector, que debía conocer el proverbio y su mención en el texto le abriría el camino hacia resonancias culturales que produjeran nuevas fuentes de comicidad.

En fin, al ver a don Quijote engañado a medias, fluctuando entre el desvarío caballeresco y la clara conciencia creadora de un mundo ficcional, marcado en definitiva por la reversibilidad propia del carnaval, volvemos a preguntarnos entonces ¿está loco o está cuerdo? ¿Sabe que lo están engañando o no lo sabe? Ante esas preguntas, el texto parece respondernos como la zorra del cuento: “No huelo nada, que estoy romadizado”.

#### **ADDENDA. EL LEGADO DE SEBASTIÁN DE HOROZCO**

Desde muy jóvenes ambos hijos de Sebastián de Horozco lo dejaron de lado para colocarse bajo el amparo de los dos famosos tíos maternos (Diego y Antonio Covarrubias, clérigos respetados y de indubitable sangre limpia)<sup>10</sup>. Además del problema de la sangre conversa, que suele reputarse como el mayor escollo, cabría también considerar el espíritu tan diferente que se descubre en las obras literarias del padre, signadas por una jocosa irreverencia y las de los hijos que apuntaron más bien al ambiente clerical y serio en que se movían sus tíos. Quienes se ocupan de estudiar las obras y relaciones de la familia Horozco Covarrubias indican que los hijos nunca recuerdan ni citan las obras del padre; este silencio se hace más notable en el caso de los innumerables refranes y proverbios que Sebastián de Covarrubias recoge en su *Tesoro*, dado que su padre había dedicado mucho esfuerzo a la recopilación de paremias.

<sup>10</sup> Véanse los trabajos ya citados de Weiner y de García Cañete et alii.

Si tomamos estos conflictos filiales como telón de fondo, resulta más notable el recuerdo repetido de la fábula de la zorra romadizada, que podríamos incluso reconocer como de particular circulación dentro del seno familiar. De hecho, es hasta conmovedor el interés o casi apuro que muestra Covarrubias por no dejar afuera el refrán y la fábula en su diccionario, pues no sólo aparece tres veces, como ya vimos, sino que la consigna bajo la primera palabra en que podría hacerlo. En efecto, la primera vez lo hace bajo el término “catarro” aunque la formulación del proverbio que da sea siempre con el término “romadizo”, apuro que él mismo justifica diciendo: “Puse esto aquí, verbo catarro, sinónimo de romadizo, por si no pudiere llegar a sacar en limpio la letra *r*, que la obra es muy larga y la vida corta; proseguiré hasta donde Dios fuere servido” (*Tesoro*, s.v. ‘catarro’).

Es curioso, por lo tanto, este recuerdo persistente y repetido de Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro* de una fábula peculiar, que no encontramos registrada en otros textos de la época más que en las colecciones de su padre. Precisamente una fábula que habla de la necesidad del disimulo y la adaptación ante la fuerza de los poderosos, cuestión de vital interés en una familia acechada por la sombra de la sangre conversa.

### Bibliografía

- BERNAT VISTARINI, Antonio y Blanca BALLESTER MORELL (2017) “‘Yo sé bien a lo que huele aquella rosa...’ De fragancias, tufos, aromas y vapores en la obra de Cervantes”, en Marialaura Cascio e Maria Caterina Ruta (coords.) *Cervantes nel secondo millennio. Un nuovo sguardo con la Sicilia sullo sfondo*, Palermo, Palermo University Press, 2017, pp. 101-124.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de ([1605 y 1615] 1998) *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Instituto Cervantes - Crítica.
- COVARRUBIAS HOROZCO, Sebastián ([1611] 2006) *Tesoro de la lengua castellana o española*, Edición integral e ilustrada de Ignacio Arellano y Rafael Zafra, DVD de la colección *Studiolum*, dirigida por Antonio Bernat Vistarini, John T. Cull y Tamás Sajó.
- GARCÍA CAÑETE, Marta, Isabel GARCÍA CARRETERO y Encarna RAIGAL PÉREZ (1996) “Nuevos datos sobre Sebastián de Horozco y su refranero”, *Paremia*, N° 5, pp. 49-58.
- HOROZCO, Sebastián de (1994) *El libro de los proverbios glosados*, Edición del manuscrito, introducción y notas de Jack Weiner, Kassel, Reichenberger.
- (2005<sup>2</sup>) *Teatro universal de proverbios*, Alonso Hernández (ed.), Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- MAÑAS NÚÑEZ, Manuel ed. (1998) *Fábulas (Fedro / Aviano)*, Madrid, Akal.
- LA FONTAINE, Jean de [1995] *Fables*, Marc Fumaroli (ed.), Paris, LGF.
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco (1973) *Fuentes literarias cervantinas*, Madrid, Gredos.
- PARODI, Alicia (2017) *Seminario sobre el Quijote*, Buenos Aires, Eudeba.
- REDONDO, Augustin (1997) *Otra manera de leer el Quijote*, Madrid, Castalia.
- WEINER, Jack (1990) “Padres e hijos: Sebastián de Horozco y los suyos”, *Toletum: boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo*, n°. 25, pp. 109-164.

- (2003) “El indispensable factótum Sebastián de Covarrubias Horozco (1539-1613): pedagogo, cortesano y administrador” *Artifara: Revista de lenguas y literaturas ibéricas y latinoamericanas*, 2, en <http://www.cisi.unito.it/artifara/rivista2/testi/covar.asp> [28/12/2017]

